

OTRA VUELTA DE TUERCA, A PROPÓSITO DEL “TERROR” ESTALINISTA (1936-1938)*

ANOTHER RETURN NUT, FOR THE PURPOSE OF THE “TERROR”STALINIST (1936-1938)

MG. JORGE SABORIDO**
Universidad de Buenos Aires
Buenos Aires ,Argentina
Email: jorge_saborido@hotmail.com
Id-ORCID: 0000-0002-3964-452X

DRA. MERCEDES SABORIDO
Universidad de Buenos Aires
Buenos Aires, Argentina
Email: mersaborido@hotmail.com
Id-ORCID: 0000-0002-9258-7093

RESUMEN

El texto propone una aproximación a algunas de las interpretaciones recientes respecto de la represión masiva que se llevó a cabo en la Unión Soviética a mediados de la década de 1930.

Con esa idea, apunta a destacar la persistencia y profundización del debate académico luego de la apertura de archivos que acompañó el proceso de crisis y colapso de la experiencia soviética.

Palabras clave: Estalinismo; dictadura; represión; revisionismo; post-revisionismo

ABSTRACT

The paper proposes an approach to some of the recent interpretations of the massive repression that was carried out in the Soviet Union in the middle of the decade of 1930. With this idea, aims to highlight the persistence and deepening of the academic debate after the opening of the archives that accompanied the crisis process and collapse of the soviet experience.

Keywords: Stalinism; Dictatorship; Repression; Revisionism; Post-revisionism

Cómo citar: Saborido, J. y M. Saborido (2019). “Otra vuelta de tuerca, a propósito del “terror” estalinista (1936-1938)”. *Revista Historia Social y de las Mentalidades*, 23(2), 305-329. DOI: 10.35588/rhsm.v23i2.3974

* Recibido: 3 de julio de 2019. Aprobado: 29 de octubre de 2019.

** Artículo de revisión. Este trabajo es parte de una reflexión inicial sobre los estudios de comunismo.

1. INTRODUCCIÓN

Entre los años 1937 y 1938, aproximadamente 680.000 ciudadanos soviéticos fueron ejecutados en forma sumaria sobre un total de 1.575.000 personas arrestadas¹. Este período ha sido denominado “El Gran Terror” –ver más adelante–; para muchos historiadores constituye el momento culminante de una fase represiva desplegada por el régimen estalinista, que tuvo su punto de partida el 1 de diciembre de 1934 cuando se produjo el asesinato de Sergei Kirov, principal dirigente del Partido Comunista en Leningrado y culminó en los años citados en los que se produjo, con gran diferencia, la mayor cantidad de víctimas mortales². Para otros investigadores, las dimensiones extraordinarias de la persecución, el hecho de que además de afectar a un número elevado de dirigentes del Partido Comunista de todos los niveles, así como a profesionales y militares de alta graduación –persecución que ya estaba en marcha por lo menos desde 1934–, afectara también a una gran cantidad de ciudadanos comunes, han conducido a estudiar esos dos años como un momento particular de la represión preguntándose tanto por las causas como por las circunstancias en las que se produjo.

El objetivo de este trabajo es el análisis de los textos significativos más recientes que abordan el tema del terror, sus dimensiones y funcionamiento, así como también las circunstancias que condujeron a esta eclosión de violencia estatal. Si bien predominan los autores occidentales, se han incluido asimismo historiadores rusos cuya obra ha tenido repercusión más allá de su ámbito hasta el punto de ser traducidas.

Las preguntas principales que orientan el trabajo son las siguientes: 1) ¿Por qué se produjo el Gran Terror? 2) ¿Fue Stalin el único responsable de lo ocurrido en esos años terribles?; y 3) ¿Existió una dinámica represiva que terminó involucrando a amplios sectores de la sociedad soviética? Consideramos que para la búsqueda de respuestas resulta útil recurrir a un debate, el que enfrenta a “funcionalistas” e “intencionalistas”, que ha tenido un amplio desarrollo en las interpretaciones del nazismo y de la figura de Adolfo Hitler.

1 Estas son las cifras que brinda Oleg V. Khlevniuk a partir de los documentos del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD), que no han sido seriamente cuestionados (The History 165). La obra del historiador francés Nicolas Werth, mucho más meticulosa, amplía algo estas cifras haciendo referencia a otras fuentes, pero finalmente no difiere demasiado de las citadas (Cap. IV).

2 Algunos autores sostienen que el punto de partida del Gran Terror no fue el asesinato de Kirov, sino “el nuevo arresto de Zinoviev y Kamenev dieciocho meses más tarde y su enjuiciamiento público llevado a cabo en agosto de 1936” (Mawdsley 103). Una revisión de las diferentes posturas respecto a la cronología de la represión estalinista se encuentra en Read (135-36).

La cuestión la planteó con claridad el historiador británico Ian Kershaw: “El tema clave en lo que a lo histórico-filosófico se refiere es el papel del individuo en la conformación del curso del desarrollo histórico, frente a las limitaciones impuestas por los impersonales ‘factores estructurales determinantes’” (101). Si el enfoque considera a estos factores estructurales más significativos, nos encontramos frente a explicaciones “funcionalistas” o “estructuralistas”, mientras que si el factor humano –la personalidad y el accionar del líder– es interpretado como un elemento decisivo en el devenir histórico, se acude a la expresión “intencionalista”.

2. DIFERENTES ABORDAJES DEL TEMA

Para los propagandistas del régimen en vida de Stalin las purgas estaban vinculadas con el peligro contrarrevolucionario, protagonizado por traidores a la causa bolchevique que trataban de aprovechar cualquier circunstancia para acabar con la experiencia soviética apoyados por las potencias capitalistas – Trotsky desde sus sucesivos exilios era (supuestamente) el principal impulsor de todas estas iniciativas–, y el pueblo soviético, liderado por Stalin, acabó con esa amenaza³. En cambio para los analistas de Occidente, lo ocurrido constituía una prueba irrefutable del carácter totalitario del régimen estalinista, comparable a lo que había sucedido en la Alemania nazi⁴. Por otra parte, los investigadores con intenciones serias de explicar los acontecimientos se encontraban con que la enorme dificultad de acceder a fuentes fiables, cuidadosamente preservadas por el Estado soviético, complicaba cualquier tipo de análisis.

La visión que atribuía toda la responsabilidad de la represión a Stalin ya fue explicitada por el historiador y militante marxista Isaac Deutscher, quien en su biografía del líder soviético publicada en 1949 argumentaba que el asesinato de sus camaradas fue una forma de resolver los problemas internos del partido destruyendo a casi toda la vieja guardia bolchevique. A su vez, las espectaculares revelaciones de Nikita Krushev en la sesión secreta del XX Congreso del PCUS celebrado en febrero de 1956, también responsabilizaban directa y exclusivamente a Stalin de los crímenes cometidos durante su mandato (Krushev, s/d). Por supuesto, estas declaraciones tenían como principal objetivo no tanto dar cuenta de la verdad histórica, sino exonerar a todos aquellos, por

3 El texto oficial que sostiene esta posición es *History of the Communist Party of the Soviet Union*. Una defensa actual es la de Grover Furr (ver más adelante).

4 En esta línea, pueden citarse autores como Schapiro y Wolfe.

supuesto el mismo Kruschew incluido, que habían participado en mayor o menor medida de esa etapa de represión sangrienta, y no haciendo mención a su impacto sobre el conjunto de la sociedad soviética.

En el ámbito académico occidental, existe una amplia coincidencia respecto a que el punto de partida de la cuestión fue la publicación en 1968 del libro del historiador y escritor británico Robert Conquest, titulado justamente *The Great Terror*. Transcurridas varias décadas, esta expresión permanece como la más utilizada, y el término sugiere un doble significado, ya que se refiere tanto a la campaña desencadenada por Stalin como a la experiencia de quienes la sufrieron⁵.

En el momento en que los hechos se estaban produciendo, Stalin y los líderes soviéticos utilizaron la expresión “gran tarea de limpieza”; también se difundió más tarde el término “Yezhovchina”, vinculando lo ocurrido con los dos años de gestión de Nicolai Yezhov⁶. Cuando finalmente se pudieron apreciar en toda su magnitud las dimensiones de lo ocurrido se habló entonces de “represión masiva”.

El libro de Conquest, cuya primera versión carecía de referencia directa a fuentes soviéticas, fue ampliado veinte años más tarde cuando durante la época de Gorbachov se comenzaron a abrir los archivos de la Unión Soviética. La posición del autor es muy clara: atribuye toda la responsabilidad de lo ocurrido a la desmesurada ambición de Stalin, decidido a recurrir a cualquier método para consolidarse en el poder. La expresión “Arquitecto del Terror”, título de uno de los capítulos del libro, resume la posición del autor (Conquest, *The Great Terror* 53). En su análisis, si bien afirma que las raíces del terror se encontraban en las características propias del partido bolchevique y de los años en los que Lenin ejerció el poder, sin embargo “el Terror de Lenin fue el producto de años de guerra y violencia, del colapso de la sociedad y del estado; fueron los actos desesperados de gobernantes tratando de sobrevivir” (*The Great Terror* 251). En cambio, cuando Stalin alcanzó el poder las condiciones generales eran de “relativa calma”: “el Gran Terror fue desplegado a sangre fría sobre una población indefensa. Y la sangre fría fue acompañada de otra de las cualidades

5 También se usa la expresión “Gran Purga”.

6 Esta institución reemplazó en febrero de 1934 a la antigua policía secreta (OGPU), sucesora a su vez de la Cheka. Por su parte, Yezhov es el objeto de una biografía relativamente reciente (Jansen y Petrov, *Stalin's Loyal Executor*). Estos autores sostienen que “está fuera de duda que el Gran Terror fue cuidadosamente planeado por Stalin y su núcleo, (205) y coinciden con un dirigente encarcelado, Pavel Postyshev, en que “Yeshov fue un perro de presa en el reino de Stalin (...) pero tan pronto como el perro finalizó la caza, Stalin declaró que estaba loco y se deshizo de él” (211).

que distinguieron las purgas de Stalin –la completa falsedad de las razones esgrimidas para llevarlas a cabo” (*The Great Terror* 251).

Para resumir, la represión masiva iniciada por Stalin iba más allá de lo que hasta entonces había ocurrido, y los años de Yezhov fueron incluso mucho más lejos de la lógica que pudiera atribuirse a la represión. De cualquier manera, detrás de los excesos que se produjeron estuvo siempre la figura del dictador, quién planeó el asesinato de Kirov para derrotar a los “moderados” dentro del Comité Central impulsando así una represión brutal que se extendió a todos los ámbitos de la sociedad soviética. El texto de Conquest dedica una parte importante a describir las confesiones arrancadas y los juicios que afectaron a dirigentes del partido, así como también a militares e intelectuales prestando una atención mucho menor (por no decir prácticamente nula) a los procesos a través de los cuales el Terror se difundió afectando a la población. La figura de Stalin domina el escenario, es el *deus et machina*, y así como en 1936 se deshizo de Guenrij Yagoda, el antecesor de Yezhov al frente de la NKVD, no tuvo problemas dos años más tarde en destituir, juzgar y ejecutar a este, reemplazándolo por Laurenti Beria. Ligada estrechamente al concepto de totalitarismo, desarrollado con fuerza en Occidente durante los años de la Guerra Fría, la obra de Conquest fue elogiada con fervor por los historiadores conservadores, que constituían en la década de 1970 quienes dominaban el campo académico occidental⁷.

Muy pocos años más tarde, y ciertamente influenciado por las denuncias de Kruschchev, un marxista disidente soviético, expulsado del partido a fines de la década de 1960, Roy Medvedev, publicó un libro titulado *Que Juzgue la Historia*, el que desde una postura bien diferente de la de Conquest sostenía que la “usurpación del poder” perpetrada por Stalin, fruto de su ambición personal, hizo necesaria la monstruosa represión de los años 1936-38, “una operación bien planeada” (220) que consumó una gigantesca traición a la causa del socialismo. Preocupado por el “asalto al Partido y a los cuadros del Estado” (220), y por la descripción de los métodos utilizados para obtener las confesiones de los detenidos, solo en menos de cinco páginas el autor hace referencia al comportamiento de las masas frente a las campañas instrumentadas desde el poder contra los “enemigos del pueblo”. En su visión, muchos ciudadanos soviéticos resultaron presos de la desconfianza y “creyeron en las fábulas de Stalin acerca de la existencia de un mundo subterráneo, omnipresente, y cayeron en la manía de ver espías por todos lados” (381). En esta tarea la prensa ocupó un rol clave: “el más pequeño error

7 La mejor historia sobre el surgimiento y desarrollo del concepto de “totalitarismo” es la de Enzo Traverso. También es importante la obra de Abbott Gleason.

de un directivo, el ínfimo cálculo inexacto de un ingeniero, las erratas escapadas a un editor o corrector de pruebas, la publicación de un libro malo se tomaba como sabotaje y era bastante para provocar una detención” (Medvedev 382). En las conclusiones, su visión queda muy clara: “la época tratada en estas páginas es una prueba mayor de que el individuo juega un gran papel en la Historia” (595). Es decir que, desde visiones opuestas respecto a la Revolución de Octubre y al régimen instalado en la Unión Soviética, había coincidencia en cuanto al papel fundamental desempeñado por Stalin en la represión.

A mediados de la década de 1980, tanto la obra de Conquest como las que colocaban en primer plano la responsabilidad de Stalin fueron puestas en cuestión por las corrientes “revisiónistas”, surgidas a partir de los estudios realizados por un conjunto de historiadores anglosajones preocupados inicialmente por analizar la Revolución de Octubre, pero más tarde también por la evolución posterior del régimen en un contexto más amplio que el meramente político, poniendo en primer plano las motivaciones de orden social⁸.

Para el análisis del estalinismo, el revisionismo tuvo su principal representante en la obra de la profesora Sheila Fitzpatrick⁹. La autora se caracteriza por abordar el estudio del régimen instaurado por Stalin desde una perspectiva en la cual se afirma que la sociedad surgida en las décadas de 1930 y 1940 era mucho más variada y compleja que como la definen los defensores de la idea del totalitarismo y, por lo tanto, requiere un tratamiento que deje a un lado las características del régimen y utilice los métodos de la historia social¹⁰.

En el tema específico del terror estalinista, la obra pionera del revisionismo es, sin discusión, *The Origins of The Great Purges*, publicada por J. Arch Getty, profesor de la Universidad de California. En ese texto, el autor llama la atención sobre la necesidad de estudiar las tensiones existentes dentro del Estado

8 Se denomina “revisiónismo” a una corriente surgida en las décadas de 1970 y 1980, como reacción frente al monopolio historiográfico del paradigma liberal. Fue impulsada por historiadores anglosajones también denominados “historiadores sociales”. Su aportación principal fue la orientación destinada a examinar el proceso revolucionario “desde abajo”, estudiando el accionar de los obreros, los soldados, los campesinos, y sus organizaciones; la tesis es que la Revolución no fue el resultado del accionar de los bolcheviques sin respaldo popular, sino que tuvo un fuerte impulso proveniente de las clases subalternas. La mejor recopilación de los trabajos de los especialistas es la de Kaiser (ed.). El derrumbe de la Unión Soviética contribuyó a que este tipo de investigaciones relativas a la Revolución y los primeros años del régimen languidciera, pero todavía se publican trabajos valiosos, como por ejemplo el de Murphy.

9 Su autodefinición como revisionista y un análisis de esta corriente en Fitzpatrick (“Revisionism in Soviet History”).

10 Algunos de los textos pioneros de esta corriente, son Fitzpatrick, *Education and Social Mobility in the Soviet Union, 1921-1932*; y Viola.

soviético, las contradicciones que se manifestaban entre el núcleo central del poder y las autoridades locales, así como también las respuestas sociales a las políticas implementadas “desde arriba”. El gran mérito de la obra de Getty fue el de impulsar los estudios puntuales relativos a las causas de la represión masiva, los episodios que se produjeron en diferentes ámbitos, los comportamientos de la sociedad, en la que hubo denunciadores y víctimas, así como denunciadores luego devenidos víctimas, lo que dio como resultado un panorama más amplio y complejo del período 1936-38¹¹.

Uno de sus trabajos más significativos fue el titulado “‘Excesses Are Not Permitted’: Mass Terror and Stalinist Governance in the Late 1930s”, publicado luego del acceso a los archivos que se produjo a partir de la segunda mitad de la década de 1980. En ese texto, el autor introduce implícitamente una distinción entre los juicios a los dirigentes del Partido que se habían iniciado a mediados de 1936, producto del deseo de venganza de Stalin, y la represión masiva (“Operación Kulak”) que se concretó a partir de julio de 1937, aunque ambos estaban en última instancia vinculados por el tema del temor. En su análisis de este último proceso, realiza el aporte de un elemento explicativo fundamental: la actitud de la jerarquía del partido en las distintas regiones del país, que se opuso al proyecto de Constitución que Stalin puso en marcha, que incluía una democratización a través de elecciones libres y sin proscripciones. Esta decisión era considerada peligrosa, en tanto incluía antiguos opositores, kulaks retornados luego de cumplir sus condenas y, sobre todo, grupos religiosos que parecían estar teniendo una audiencia creciente, sobre todo entre la juventud¹². La actitud de estos dirigentes, según Getty, fue bloquear la iniciativa impulsada por Stalin, no solo mostrando un escaso entusiasmo por su implementación¹³, sino también y sobre todo denunciando la existencia de conspiraciones de trotskistas y derechistas confabulados con potencias extranjeras. Ante ese peligro, consideraban que la democratización constituía un factor potencialmente peligroso.

Las dimensiones de estas denuncias, que se sumaban a la ya citada percepción que tenía Stalin y quienes le rodeaban de la existencia de amenazas reales al régimen soviético —en esos días comenzó la detención de altos jefes militares— condujeron a que a principios de julio de 1937, al tiempo que se publicaba la ley electoral, el Politburó aprobara una operación masiva contra los elementos señalados por los jefes locales a lo que siguió inmediatamente

11 Un ejemplo importante es Getty y Manning.

12 La discusión sobre la democratización impulsada por Stalin constituye un tema aparte, que se vincula con la necesidad por parte de este de renovar la dirigencia del partido.

13 Ver más adelante el tema de la caracterización de Stalin como un dictador “débil”.

un telegrama de Stalin ordenando la puesta en ejecución de la “Operación Kulak”. A esto siguió la famosa Orden N°447 en la que se establecía quiénes eran los sujetos que debían ser detenidos y castigados, el establecimiento de dos categorías –los que debían ser ejecutados y quiénes debían ser exiliados–, y las cuotas de represaliados por región¹⁴. Una de las cuestiones fundamentales residía en que eran las autoridades locales las que decidían quiénes iban a morir y quiénes seguirían vivos, revirtiendo las prácticas de años anteriores.

El artículo de Getty es más amplio, pero sus conclusiones son significativas: 1) No hubo planificación en el proceso represivo, lo que dio lugar a marchas y contramarchas. Por ejemplo, la investigación sobre el asesinato de Kirov fue cerrada en 1935 y abierta al año siguiente para acusar a Zinoviev y Kamenev de haberlo planeado. 2) Se ejerció una fuerte presión desde la dirigencia regional orientada a impulsar la represión y a agrandar los peligros de insurrección, como respuesta a los intentos de democratización elaborados en las altas esferas. 3) Esta presión se ejerció sobre autoridades que, como Stalin y quienes le rodeaban, estaban fuertemente sensibilizados por la posibilidad de conspiraciones internas vinculadas con enemigos exteriores. 4) Stalin intentó preservar su autoridad estableciendo límites a las campañas locales, en muchos casos destituyendo a algunos dirigentes, lo que incluso llevó ocasionalmente a reducir las cuotas que se establecían en las diferentes regiones¹⁵.

La apertura de los archivos a partir de los años de la *perestroika* permitió disponer de una cuantiosa e importante información sobre el período de las purgas¹⁶. En primer término, de algunos documentos emergen pruebas irrefutables de la intervención directa de Stalin en numerosos episodios de la represión, sobre todo en lo vinculado con los antiguos dirigentes del partido; su firma y notas marginales de su puño y letra aparecen con notable frecuencia, reforzando la visión “intencionalista”. Además, a partir del material consultado, se dispuso de la posibilidad de ajustar las cifras correspondientes al número de víctimas¹⁷, terminando con discusiones que inflaban enormemente los arrestos y ejecuciones. Una paradoja que surgió de los nuevos materiales a los que se

14 La Orden N° 447 está transcrita en Getty y Naumov (473-480).

15 Existe una polémica alrededor del tema de las “cuotas”; quienes defienden el comportamiento de Stalin afirman que se trataba de “límites” que no debían ser sobrepasados sin autorización.

16 La llegada al poder de Putin ha limitado el acceso a varios archivos, sobre todo aquellos vinculados justamente con la época de Stalin, figura reivindicada por el régimen. Sobre este tema ver comentario de Hanson en la monumental *Historia de Rusia*, cuyo Vol. III fue editado por Ronald Grigor Suny (192), y el más reciente de Hellbeck respecto de los archivos de la Segunda Guerra Mundial (Hellbeck 28).

17 En su obra, Conquest quintuplicaba las cifras consideradas como válidas en la actualidad.

tuvo acceso es que pese a disminuir el número de víctimas se amplió de manera significativa el rango de las potenciales víctimas: ya no se trataba solamente de antiguos opositores, dirigentes del partido o militares de alto rango, sino que las “operaciones de masas” que se desarrollaron a partir de julio de 1937 establecían como objetivos la prisión y ejecución de curas de aldea, activistas religiosos, antiguos *kulaks* y nobles, industriales y diferentes sectores privados del derecho de voto. Incluso también entró en vigencia una disposición que ordenaba el arresto de las esposas de quienes habían sido acusados de actos contrarrevolucionarios. Muchos de esos actos constituían un reflejo de las órdenes provenientes “desde arriba”, pero a su vez procesadas por los actores, que “resolvían” problemas locales o incluso particulares acudiendo a la represión.

La nueva situación generada en la historiografía por la realidad post-soviética condujo al surgimiento de algunos consensos y también al desarrollo de nuevas cuestiones. Por una parte, salvo alguna contada excepción que se tratará más adelante, dejó de discutirse el hecho de que Stalin tuviera un papel fundamental en la represión, aunque no todos coinciden en las afirmaciones del historiador soviético Oleg Khlevniuk, quien afirma que “la represión de masas comenzó y terminó en directivas desde arriba, desde el mismo momento en que Stalin consideraba apropiada la acción a emprender” (*The History* 140). Sin embargo, como veremos, también hay estudiosos que afirman que “la ruta hacia el terror” no fue un camino recto con objetivos concretos, sino que estuvo marcado por vacilaciones y retrocesos. Los nuevos materiales disponibles permitieron asimismo estudiar el comportamiento de la sociedad frente al terror, la dinámica entre las decisiones que se adoptaban en las altas esferas, y las respuestas “desde abajo”.

Una relevante aportación reciente sobre el tema desde la perspectiva estructuralista proviene de la obra de James Harris *El Gran Miedo*, que en su edición española del 2017 contó con el subtítulo “Una nueva interpretación del terror en la revolución rusa”. Si bien, como veremos, la expresión “nueva interpretación” es algo exagerada, estamos frente a una obra polémica e importante. Coeditor junto con Sarah Davies de una biografía colectiva de Stalin llamada *Stalin: A New History*, y posteriormente de una obra conjunta sobre la construcción del orden estalinista titulada *Stalin’s World: Dictating the Soviet Order*, Harris en 2003 publicó un artículo titulado “Was Stalin a Weak Dictator?”, en el que, utilizando los argumentos que, entre otros, el historiador alemán Hans Mommsen había desarrollado para definir el poder de Hitler, afirmaba:

Stalin no fue un ‘dictador débil’ en el sentido que los ‘estructuralistas’ le atribuyen a Hitler. Este fue ‘débil’ por su toma de distancia respecto de la toma diaria de decisiones, dejando amplia libertad

a sus subordinados. Stalin, por el contrario, estaba en el centro de toda decisión importante adoptada por el régimen. Su ‘debilidad’ derivaba justamente de las reacciones y consecuencias generadas por los cambios que puso en marcha. (285)

En otro de los párrafos de ese artículo adelantaba lo que sería uno de los núcleos centrales de su obra más reciente: “El terror no fue la invención de una mente paranoica sino la reacción de un régimen que quería preservar su poder y sus logros a cualquier costo” (285).

Ya desde el título de la obra nos encontramos ante una toma de distancia respecto de las interpretaciones convencionales: referirse a lo ocurrido como “el gran miedo” y no como “el gran terror” anticipa que la tesis a desarrollar es diferente. El punto de partida de los análisis del autor es la afirmación de que existe en la historia rusa la continuidad de un sentimiento de vulnerabilidad, que los bolcheviques llevaron a su máxima (y con frecuencia desproporcionada) expresión, a partir del momento en que la expansión de la Revolución a Occidente –elemento clave en la concepción leninista– se tornó una “misión imposible”, lo que condujo a que terminara imponiéndose la idea del “socialismo en un solo país”. En particular, el legado de la Guerra Civil, con la dosis de increíble violencia que conllevó, y además la presencia de tropas extranjeras apoyando a los Blancos, generó en los bolcheviques la percepción de que cualquier debilidad del régimen iba a ser aprovechada por las potencias imperialistas. En la coyuntura de mediados de la década de 1930, la idea de que los peligros que se cernían sobre la Unión Soviética eran reales y de mucha significación fue asumida por Stalin y por la dirigencia del partido.

A esta “convicción” habría que agregar el hecho de que las luchas internas, sobre todo las consecuencias de la colectivización, dieron lugar a la sensación de que había enemigos dentro del país; muchos de los vencidos –antiguos kulaks, simpatizantes de Trotsky en su enfrentamiento con Stalin– seguían residiendo dentro de las fronteras soviéticas, y se podía pensar que estaban dispuestos a actuar, incluso al servicio de países extranjeros. Y habría que introducir un elemento explicativo más: las exigencias planteadas por los inalcanzables ritmos impuestos a la industrialización por los planes quinquenales, y la dramática situación de las granjas colectivas, constituían factores reales de disconformidad en vastos sectores de la sociedad; el hecho de no alcanzarse las metas llevaba a Stalin a pensar en la existencia de sabotajes, nunca en la realidad de que las metas eran de imposible cumplimiento.

A lo largo de la década de 1930, según Harris, se fueron acumulando circunstancias que contribuyen a explicar –en manera alguna a justificar– el

desencadenamiento del Terror: al extremado temor respecto de posibles alianzas de potencias extranjeras, reforzado por la sospecha de presencia de espías en el interior, se sumaron el pésimo funcionamiento de los servicios de inteligencia del NKVD, y la situación se agravó aún más cuando se nombró al frente de la institución a Nicolás Yezhov, “un verdadero teórico de la conspiración”, a quien el autor define como desempeñando el papel fundamental en la puesta en marcha de la represión masiva de 1936-1938. La insistencia de este en concebir vastas redes de opositores a lo largo y ancho de todo el país terminó convenciendo a quienes, como Stalin y el círculo que lo rodeaba, estaban predispuestos a aceptar historias que podían llegar hasta límites casi inverosímiles. Las directivas lanzadas desde el centro hacia los funcionarios regionales pusieron en marcha una maquinaria infernal de represión que se desató sobre cientos de miles de ciudadanos normales, que fueron ejecutados o internados en los campos de trabajo como consecuencia de delaciones, venganzas personales o débiles sospechas. En este aspecto, Harris difiere de los análisis de Getty que, como vimos, destaca el papel cumplido por los dirigentes locales.

La respuesta del autor a la crucial pregunta ¿cuándo y por qué cesó “el gran terror”? está directamente asociada a la caída en desgracia de Yezhov. En noviembre de 1938, una decisión del Politburó afirmaba que las campañas contra los terroristas habían culminado con “éxito”. El hecho de que un episodio de estas dimensiones no volviera a repetirse, aunque la represión continuó, muestra que la convicción de que había habido excesos estaba internalizada en Stalin y la dirigencia, pero la idea de que estaban rodeados por “un abanico de enemigos extranjeros y nacionales empeñados en eliminarle a él y poner fin al poder soviético y la revolución mundial” (Harris 219) seguía presente.

Una de las acusaciones más significativas de Harris contra Stalin es que sin duda sabía que “un gran número de personas inocentes quedaba a merced de la represión estatal pero éste tendía a considerar que era un precio que había que pagar para la defensa de la revolución” (223-24). Finalmente, la conclusión más clara es la siguiente:

La fiereza de esta época no puede explicarse como la culminación de una campaña para perfeccionar una dictadura personal. De hecho, tuvo el efecto contrario. El ‘gran miedo’ hizo que el sistema soviético fuera casi ingobernable, haciéndolo mucho más vulnerable a la invasión extranjera. (224)

En plena ola de descalificación in toto de la figura de Stalin en la historiografía occidental y también rusa, se publicó *Life and Terror in Stalin's*

Rusia, 1934-1941, del profesor Robert W. Thurston, obra que se transformó en un claro exponente de oposición a la corriente dominante. Las tesis centrales del autor pueden resumirse así: 1) El estalinismo fue “en gran medida un sistema brutal y autoritario que causó sufrimiento y muerte a millones de personas, pero para la mayoría de la población urbana, que constituía el centro de gravedad económico y político, era una cuestión de importancia secundaria”; por el contrario para muchos fue una situación que brindó oportunidades para el ascenso social (232). 2) Stalin no fue el principal responsable del asesinato masivo que se perpetró en los años treinta y no llevó a cabo una campaña sistemática de represión. Esta posición no lo absuelve: “sus políticas contribuyeron a producir complots y desafíos a su autoridad. Entonces un hombre ‘asustado’ reaccionó desmedidamente frente a estos eventos” (227). 3) La sociedad rusa no opuso resistencia porque en buena medida estaba predispuesta a aceptar que había una conspiración contra Rusia; “la sociedad estaba demasiado predispuesta al pánico, como ocurrió durante la caza de brujas y durante el macartismo” (228). 4) El “test ácido” que significó la invasión de la Unión Soviética por parte de los ejércitos de Hitler, mostró que a pesar de los problemas, “las profundas fallas y la violencia desencadenada en nombre del socialismo, la gente apoyó al régimen cuando éste lo necesitó” (226). Y esta actitud se manifestó incluso antes de las apelaciones al patriotismo impulsadas desde Moscú.

Las críticas a una obra con definiciones tan rotundas fueron muy duras tanto desde el campo conservador como desde el mismo revisionismo. Por ejemplo, Sheila Fitzpatrick sostuvo que “el problema con sus argumentos es que Thurston tiene una posición tomada a priori, destinada a presentar el estalinismo bajo una luz positiva, que lo afecta en su credibilidad” (“Review of ‘Life and Terror in Stalin’s Russia’” 193). Sin embargo el texto abrió el camino a una visión del estalinismo que, como observaremos, se preocupa por estudiar las relaciones entre la toma de decisiones y el comportamiento de los afectados por esas decisiones.

Justamente, en un par de destacadas obras, Wendy Z. Goldman, profesora de la Carnegie Mellon University, dio un nuevo rumbo a las investigaciones sobre el terror. En la primera de ellas, *Terror and Democracy in the Age of Stalin: The Social Dynamics of Repression*, la autora aborda el tema de los mecanismos por medio de los cuales el terror se difundió “desde arriba hacia abajo y desde abajo hacia arriba” a través del estudio de los diferentes estratos de los sindicatos, una red que abarcaba más de 22 millones de miembros, que iba desde el Consejo Central de Sindicatos hasta los comités de fábricas. El punto central que destaca Goldman es que “la represión fue un fenómeno de masas no sólo en el número de víctimas sino también en el número de denunciantes” (7). Paradójicamente,

sostiene, los líderes del partido fundamentaron las purgas como patrióticas medidas “anti-terror”, apelando al lenguaje de la renovación socialista y de control “desde abajo”, de fuerte resonancia popular. El éxito de estas apelaciones le permite a la autora desplegar su tesis central: “aun reconociendo la importancia de las acciones del Estado, la represión fue un fenómeno institucionalmente diseminado” (7), lo que implicó que, en las fábricas, las escuelas, las unidades militares y otras instituciones, la gente participó como víctima, pero también como victimaria (y en algunos casos, las dos funciones sucesivamente).

A partir de las órdenes que bajaban desde los altos niveles del partido, los dirigentes y los integrantes de los sindicatos presionaron a las bases para que atacaran y removieran a sus superiores corruptos; sorprendentemente, los *slogans* vinculados con la represión se asociaron con los de la profundización de la democracia. A lo largo del texto, Goldman muestra cómo “desde arriba” se impulsaban las denuncias, se llevaban a cabo arrestos masivos y se efectuaban juicios ilegales, justificándolos con la idea de “revitalizar” la democracia “desde abajo”. La autora centra su estudio sobre quienes no pertenecían directamente a los grupos que eran afectados por las persecuciones. Los obreros, por supuesto, no eran objeto de persecución, pero sin embargo muchos fueron víctimas de la represión. La acusación más frecuente, válida para cualquier incidencia que se produjera dentro de la empresa –rotura de una máquina, corte de luz, deficiencias de los materiales– era la de “sabotaje”. De esta manera se buscaba “desenmascarar enemigos”, y de estas operaciones participaron en muchas ocasiones los mismos trabajadores. Por supuesto, las purgas fueron mucho más allá, afectando a antiguos opositores, intachables integrantes del partido y diferentes grupos sociales y nacionales, sospechados de deslealtad política.

Inventing the enemy, por su parte, complementa la obra anterior a partir de la utilización de un cuerpo de fuentes, hasta ese momento nunca exploradas, ubicadas en el Archivo Central de Historia de Moscú: los reportes estenográficos de reuniones del Partido Comunista en cinco fábricas de la capital de la Unión Soviética. Como afirma con acierto Goldman, los informes “son utilizados para examinar cómo se comportaron los ciudadanos durante el terror, no nos cuentan lo que los individuos pensaban o sentían” (20). Y entonces, ¿cómo se comportaron? El estudio muestra con claridad que como consecuencia de la propaganda desplegada por el Estado se desarrolló en las fábricas una cultura política de la que participaron los diferentes sectores que trabajaban en ella, desde los gerentes hasta los trabajadores, pasando por ingenieros, capataces, representantes sindicales, cuyo objetivo principal era la denuncia y destrucción de “enemigos”. Familiares, amigos, compañeros de trabajo, se denunciaron anónima o públicamente, generando una lucha de “todos contra todos”; nadie

quedó a salvo de ser acusado y terminar en el *Gulag*. El espléndido trabajo de la autora la lleva a analizar diferentes situaciones puntuales a partir de las cuales se pueden apreciar los mecanismos de funcionamiento de la represión en los niveles de la fábrica, que incluían interrogatorios en los cuales se acorralaba a los denunciados obligándolos a defenderse; en muchos casos la reacción se llevó a cabo acusando a su vez a otros para justificar su inocencia y para mostrar de manera inequívoca su lealtad al partido, la virtud más alta reconocida.

El libro brinda también una cronología del terror, acompañada de una explicación de sus orígenes hasta el “paroxismo” que se inició a principios de 1938, en el que nuevas órdenes condujeron a identificar y castigar a los “calumniadores”, responsables de la expulsión de miles de militantes del partido reputándolos de “enemigos”. En pocas palabras, el Comité Central “invirtió el mundo del terror” (253), generando un renovado caos. La ola de terror, finalmente, cedió a fines de 1938, coincidiendo con la caída en desgracia y posterior ejecución de Yezhov, a quien luego Stalin responsabilizó por los excesos.

Entre los temas que despliega este valioso par de textos podemos citar dos, aunque hay muchos más que merecen ser tratados. Ante lo ocurrido, Goldman pregunta: “¿El comportamiento de la gente estuvo guiado por la creencia genuina de que había un desafío terrorista contra el estado? ¿O sus acciones estaban determinadas por su temor al terror ejercido por éste?” (300). Su respuesta es que, si bien no de manera uniforme, en las fábricas hubo una progresiva transformación que llevó desde “la creencia al miedo”. Aunque, como se muestra, la gente participó activamente en impulsar la represión, encontró dificultades cada vez mayores “para creer que todos los arrestados eran verdaderamente culpables, y que el estado estaba encarcelando únicamente terroristas, espías y saboteadores” (301).

La otra cuestión que nos interesa destacar se vincula aún más directamente con los temas que aborda este trabajo. Goldman sostiene que efectivamente la Unión Soviética estaba siendo afectada negativamente por una situación internacional problemática. A su vez, el descontento social, el asesinato de Kirov y el temor a la guerra convencieron a Stalin y a los líderes del partido de la necesidad de actuar con vigor en el terreno interno derrotando al desafío planteado por los “terroristas” que, supuestamente actuaban en el territorio. Esta acción implicó la vulneración sistemática de los derechos civiles y judiciales como primer paso, pero

pronto el conjunto de la población se vio inmerso en la caza de enemigos, y las acciones del estado contra el terrorismo se convirtieron en una sangrienta matanza. El ‘Gran Terror’ entonces no

fue solo un conjunto de directivas lanzadas desde arriba. También se incrustó en la estructura de una feroz cultura política que influyó al conjunto de la población. Ésta reaccionó y conformó un proceso que fue simultáneamente una creación colectiva pero estuvo más allá de su control individual. (Goldman 314)

La convicción de que había una fuerte oposición al régimen en el interior de la Unión Soviética es sostenida por un historiador ruso de filiación trotskista, Vadim Z. Rogovin. Autor de una obra monumental sobre los conflictos dentro del Partido Comunista de la Unión Soviética y en el comunismo internacional –se publicaron seis volúmenes y el séptimo no pudo ser finalizado por la muerte del autor en 1998– aborda en el cuarto y quinto volumen (1998, 2009) el tema de las purgas de Stalin y sus motivaciones. La tesis central del autor puede resumirse utilizando sus palabras:

En la historia Soviética no hubo una sino tres guerras civiles, que difirieron sustancialmente en su carácter y consecuencias. La guerra civil de 1918-1920 dejó al país en una situación de caos y anarquía (...) La guerra civil de 1928-1933 fue una guerra que debilitó significativamente a la URSS, a pesar de que logró la ‘pacificación del campesinado’. El ‘terror de Yezhov’ (sic) fue una guerra civil preventiva contra los bolcheviques-leninistas que pelearon por la preservación y fortalecimiento de los logros de la Revolución de Octubre. (XXVII)

Esta idea de una “guerra civil preventiva” es fundamentada afirmando, por un lado, que sectores significativos de la sociedad estaban en contra de la gestión de Stalin y reivindicaban los principios de la Revolución de Octubre traicionados por quien ejercía el poder, y por otro destacando la preocupación que generaba la posibilidad de que los opositores, liderados desde el exterior por Trotsky, acabaran con el régimen estalinista. Esa preocupación se manifestó en la necesidad de poner en marcha los juicios, en los cuales, sin embargo, a pesar de la acumulación de mentiras y confesiones obtenidas bajo torturas, afirma, había ciertos elementos verdaderos (Rogovin 73-78). Por supuesto, como activo defensor de Trotsky, Rogovin acuerda con quién sostiene que

Todos los acusados, percibieron con claridad a lo largo de los juicios hasta qué punto Stalin odiaba a Trotsky. La intensidad de su odio era comparable únicamente con la envidia que sintió años atrás ante la capacidad y la contribución a la revolución de este hombre. (79)

Los aportes del historiador ruso se centran fundamentalmente en el análisis de los juicios que condujeron a la liquidación de un número importante de los “viejos bolcheviques”; a la hora de preguntarse por los responsables y las motivaciones de lo ocurrido, Rogovin parte del argumento de Trotsky respecto de que Stalin, al frente de la burocracia, procedió “a una gigantesca redistribución del poder en la estructura de la sociedad y del régimen” (287). Como consecuencia de ella, Stalin no solo terminó con el germen de cualquier oposición, sino que promovió una nueva elite que, en virtud de su inexperiencia y de su falta de compromiso con la Revolución, estuvo dispuesta a obedecer ciegamente al líder. Además, a la hora de responder a las razones que explican las Grandes Purgas, se insiste en definir a Stalin como “el sepulturero de la Revolución”. El énfasis puesto en el análisis político, centrado en el corpus crítico desarrollado por Trotsky, lleva al autor a no abordar de forma directa la cuestión del impacto del Terror sobre el conjunto de la sociedad soviética.

La irrupción en la década de 1990 de la historia cultural e intelectual como un nuevo modelo para analizar el pasado también tuvo impacto en el escenario soviético, introduciendo nuevos métodos para estudiar el terror estalinista. Esta corriente, denominada por algunos “post-revisionista”, toma distancia respecto de las controversias tradicionales y tiene como principal representante a Igal Halfin, profesor de la Universidad de Tel Aviv. En esta revisión analizaremos sus argumentos expuestos en dos de sus principales obras: *Terror in My Soul. Communist Autobiographies on Trial*, y *Stalinist Confessions. Messianism and Terror at the Leningrad Communist University*¹⁸.

¿Cuáles son las novedades que aporta este historiador al estudio de las purgas de Stalin en particular? Un concepto fundamental en la interpretación de Halfin es el de afirmar que a partir de la consolidación de Stalin en el poder se fue concretando un proceso en el que la verdad absoluta, impulsada “desde arriba”, residía en el hecho de que las transformaciones producidas a fines de la década de 1920 y principios de la década siguiente habían concluido con el establecimiento de una sociedad sin clases y, por lo tanto, no había lugar para el disenso; quienes se presentaban como opositores eran enemigos que intentaban frustrar el triunfo del “bien”, constituían la encarnación del “mal” y para ellos no había piedad, debían desaparecer. Si durante la década de 1920 quienes militaban en la oposición podían ser “convertidos” porque sus errores eran consecuencia de resabios burgueses que todavía permanecían en su pensamiento, a partir de la

18 También son incluidos dentro de la corriente post-revisionista los trabajos del historiador alemán Jochen Hellbeck, aunque en su obra no aborda específicamente el tema de las purgas.

“revolución” impulsada por Stalin no había margen para el error; aquellos que de diversas formas manifestaban su disconformidad solo podían ser enemigos; este proceso es desarrollado por Halfin en otra obra. Esta visión maniquea surgía de una interpretación particular del marxismo en la que la irrupción del comunismo constituía una ruptura fundamental, la que orientaba el alma humana desde “la oscuridad del capitalismo” a “la luz del comunismo”¹⁹.

Para explicar el proceso que llevaba a la identificación de los enemigos, Halfin utiliza el concepto de “subjetividad”, tal como lo desarrolla el filósofo francés Michel Foucault. Sin intención de profundizar en sus análisis, podemos resumir que para Foucault la subjetividad no se vincula con su contraria, la objetividad, sino que hace referencia al modo a través del cual una persona experimenta y entiende su identidad. Con este enfoque reaparece la eterna cuestión de la autonomía del sujeto: ¿hasta qué punto su subjetividad es el efecto de las estructuras dominantes, esto es, su lugar en el proceso productivo, la cultura en la cual está inmerso, el discurso que construye el poder?

A partir de esta idea, Halfin aborda en *Terror in My Soul* el análisis de las autobiografías que debían redactar en la década de 1930 quienes aspiraban a ingresar al partido. En la medida en que el proyecto comunista se proponía la creación de un “nuevo hombre”, el Partido se planteó como objetivo establecer a partir del análisis de estos documentos quiénes estaban capacitados para participar del proyecto emancipador y quiénes, por el contrario, eran impostores, contrarrevolucionarios disfrazados. Para ello recurrían a lo que el autor denomina “hermenéutica del alma”, definida como “el complejo ritual de palabras y acciones que le permitían al Partido determinar quienes estaban en condiciones de pertenecer a la comunidad de los elegidos” (*Stalinist Confessions* 7).

Para el autor, uno de los objetivos del análisis era el de rastrear el trabajoso proceso a través del cual los ciudadanos soviéticos se vinculaban con el régimen. La conclusión a la que arriba es rotunda, aunque sin duda discutible: Halfin afirma que

Más que proponerse impulsar un proceso de desarrollo individual fuera del sistema comunista, los individuos proveyeron una voz para apuntalar el discurso oficial. Esto fue el resultado no solo de un proceso de coerción sino también de cooptación. Los individuos se identificaron parcial o totalmente, voluntariamente o de mala

19 Esta cuestión, que intenta mostrar las coincidencias entre el marxismo y el judeo-cristianismo fundamentalmente en la cuestión escatológica, la desarrolla Halfin en su primera obra, *Terror in My Soul. Communist Autobiographies on Trial*.

gana, con las propuestas del Partido. Se involucraron en el proceso comunista de autoafirmación, convirtiendo las aspiraciones mesiánicas del estado en una cuestión propia. (5)

Por lo tanto, al enfrentarse con el tema de quién fue el responsable del Terror, su argumentación se articula a partir de una definición fundamental: si bien la destrucción de la elite del Partido fue orquestada directamente desde Moscú, “el alcance de la violencia fue demasiado amplio y el número de participantes demasiado elevado como para sostener la noción de que la violencia fue el resultado de una conspiración de Stalin contra un partido indefenso” (Halfin 352).

La otra cuestión que el autor se plantea es cómo la violencia constituyó un camino para alcanzar el bien. Su respuesta apunta a sostener que ésta se predicó dentro de un sistema de valores del cual todos formaban parte. La convicción de que se estaba en posesión de la verdad justificaba la utilización de diversas formas de tortura; se trataba de que los acusados confesaran su culpa. Un argumento básico en su esquema de análisis es que:

Tanto las purgas como la resistencia frente a ellas –aunque una pueda inspirar simpatía frente a la otra– pueden mostrar de qué manera la extendida mentalidad mesiánica justificaba, e incluso a veces demandaba, la extirpación en gran escala de opositores, saboteadores y espías. Esto precisamente era así porque no se trataba simplemente de una adaptación frente al comportamiento del estado policial con el objetivo de salvar la piel, sino que también muchos miembros del Partido, para preservar su pureza y la de la sociedad en la que vivían, estuvieron dispuestos a impulsar denuncias que llevaron a la Gran Purga a nuevos niveles. (353)

La conclusión a la que conduce la interpretación de Halfin es que la construcción del “nuevo hombre” en la sociedad comunista, el triunfo del “bien”, implicaba la destrucción física de todos aquellos que no compartían la realización de esa tarea, ellos eran la encarnación del “mal”. Pero esa tarea no fue obra exclusiva de Stalin, sino que se trató de un proyecto en el que, en mayor o menor medida, la sociedad estuvo involucrada.

Criticada con dureza –y sin duda justificadamente– tanto por su insistencia en la importancia de los estudios centrados en la subjetividad de los individuos en detrimento de las luchas concretas por el poder que se libraron en la época del terror, así como también por extrapolar testimonios puntuales como representativos del conjunto de la sociedad soviética, la obra de Halfin

tiene sin embargo el valor de explicar algunos comportamientos individuales, y de fundamentar por qué las víctimas de hoy con harta frecuencia habían sido los denunciadores de ayer, reforzando la tesis de que, por lo menos en el nivel de la dirigencia del Partido, había una serie de valores compartidos que justificaban el uso desmesurado que se hizo de la violencia. La construcción del socialismo exigía la desaparición física de quienes no mostraran su adhesión total, para erradicar así todo peligro de contaminación, y esa fue la tarea que asumió Stalin.

Grover Furr, profesor de la Universidad Estatal de Montclair, New Jersey, constituye una *rara avis* en el campo historiográfico occidental dedicado a los temas soviéticos. Sus posturas lo han situado a una considerable distancia del *mainstream* académico actual, hasta el punto de que es casi imposible encontrar alguna referencia a sus obras. Furr se presenta como un ardoroso combatiente en defensa de la obra de Stalin en general y de su (no) participación en el Gran Terror²⁰. Para su análisis de este último tema hemos utilizado dos textos: un artículo titulado “Stalin y la lucha por la reforma democrática”, y el libro *Yezhov vs. Stalin. The Truth About Mass Repressions and the So-Called ‘Great Terror’ in the USSR*.

En su argumentación, comienza de la vigorosa descalificación de lo que denomina el “paradigma antiestalinista”, afirmando que la mayor parte de la investigación sobre la historia soviética no se propone llegar a la verdad, sino que busca desacreditar las evidencias cuando estas se oponen a sus ideas preconcebidas. Para apuntalar sus tesis, Furr sostiene que recurre a fuentes primarias que no han sido utilizadas (o solo muy parcial e interesadamente), y de publicaciones secundarias en ruso entre las que destaca claramente la obra del historiador Iuri Zhukov.

Sus afirmaciones fundamentales en relación con el tema que nos ocupa pueden resumirse así: existía una vasta conspiración contra la Unión Soviética, que vinculaba a varios dirigentes de alto nivel, incluyendo a protagonistas de la Revolución de Octubre como Zinoviev, Kamenev y Bujarin, con potencias extranjeras como Japón y la Alemania nazi; las confesiones de muchos de ellos –realizadas sin ningún tipo de coacción, sostiene Furr– lo corroboran. Al mismo tiempo, Stalin estaba embarcado en un proceso de democratización, planteado en el proyecto de la nueva Constitución, que generaba numerosas resistencias; en este punto el autor coincide parcialmente con Getty al afirmar que la presión ejercida por la dirigencia regional terminó convenciendo a Stalin de la magnitud

20 Sus obras incluyen textos que, por ejemplo, exculpan a Stalin de la masacre de Katyn o responsabilizan a una conspiración el asesinato de Kirov.

de la conspiración contra su gobierno. La represión masiva, que costó la vida a miles de ciudadanos inocentes fue obra exclusiva de Yezhov, quien, acompañado de cómplices que ocupaban cargos en el NKVD, se dedicó a arrancar confesiones por los métodos más brutales sin el conocimiento ni la aprobación de Stalin. Estas acciones luego fueron confesadas por el propio Yezhov, él mismo un espía y un conspirador en contra de Stalin:

Las represiones masivas de Yezhov fueron una continuación de las conspiraciones descubiertas en los tres juicios de Moscú y en el *Affair Tukachevski*. Yezhov era desde tiempo atrás un Derechista. Él inició su propia conspiración en el NKVD –los asesinatos masivos– después que la conspiración militar fuera descubierta y destruida. (Furr 230)

En toda su producción, Furr insiste en la necesidad imperiosa de buscar la objetividad, y esta es la base de sus acerbadas críticas a la corriente historiográfica mayoritaria; sin embargo, en su evaluación del período del Terror su predisposición a exonerar a Stalin resulta muy poco convincente y escasamente objetiva. Afirma que “le llevó varios meses descubrir lo que realmente ocurría” (231), no se compadece en absoluto con el poder que detentaba. Durante su época de apogeo, Yezhov contó con un notable apoyo en las altas esferas y en la prensa; por ejemplo, en diciembre de 1937 se dijo de él que “el pueblo Soviético ama su gestión inteligente porque defiende los vitales intereses del pueblo y es su carne y su sangre” (Cit. por Jansen y Petrov 117). Las dimensiones de la represión no podían ser desconocidas por Stalin y sin duda la explicación más ajustada y objetiva debe centrarse en su responsabilidad como máxima autoridad del estado. La convicción que tenía él y quienes le rodeaban respecto de la existencia de serios peligros que afectaban a la seguridad de la Unión Soviética lo llevó a impulsar la represión y a aceptar sus excesos, hasta que Yezhov se tornó incontrolable.

3. ALGUNOS COMENTARIOS

Como es sabido, en la ciencia histórica el acceso a las fuentes no garantiza en manera alguna un consenso en la interpretación de un acontecimiento o un proceso del pasado. En el caso que nos ocupa, la ingente masa de documentación emergente de los más de 70 años de ocultamiento y secretismo del régimen soviético han permitido despejar algunas incógnitas. Sin embargo, las diferentes miradas de los estudiosos han seguido manteniendo, por un lado, divergencias

en la evaluación de la realidad histórica de esa época y, por otro, los ha llevado a formular nuevas preguntas sobre el desarrollo de esta.

Los aportes realizados en el curso del presente siglo, los más relevantes de los cuales, en nuestra opinión, son comentados en el presente texto, han mantenido la brecha entre los intencionalistas y los estructuralistas. Si autores como Khlevniuk se alinean con la postura de Conquest de responsabilizar de manera rotunda a Stalin, aunque puedan formular serias críticas a sus excesos, Getty, Goldman y Harris elaboran interpretaciones mucho más complejas, en las que las motivaciones del terror toman apreciable distancia respecto de una desmedida ambición de poder del dictador o de una “paranoia” particular que explicaba todo su accionar represivo. Por otra parte, algunos de los autores aquí revisados han argumentado con fuerza respecto de la existencia de sectores de la sociedad rusa dispuestos a actuar como denunciadores asumiendo que el régimen se encontraba en peligro por el accionar de una “quinta columna” y el recurso a la violencia era un componente importante de las prácticas políticas desde 1917. Por otra parte, hay un rasgo destacado por Robert Tucker en su “Introducción” a la transcripción del juicio llevado a cabo contra Bujarin y sus compañeros en marzo de 1938: “la principal distinción que separa a Stalin de Lenin es la idea de la conspiración como el rasgo que caracteriza a los años 30” (Tucker y Cohen XVI). En este aspecto, nada resume mejor el pensamiento de Stalin que el comentario del dirigente Karl Radek sobre lo que denomina “el álgebra de la confesión: la crítica es lo mismo que la oposición; la oposición implica inevitablemente conspiración; conspiración implica traición” (cit. por Getty y Naumov 527).

En cuanto al abordaje post-revisionista, se inscribe en una amplia perspectiva en la cual los años de la represión masiva constituyen la culminación de un proceso en el cual Stalin solo fue el ejecutor, pero este se venía desarrollando desde la segunda mitad de la década de 1920, conformando una visión de orden ideológico-cultural ampliamente compartida por la dirigencia del partido. La creación de una sociedad de hombres abocados en cuerpo y alma a esa tarea implicaba la de acabar con quienes, por acción u omisión, no participaban en ella.

Ahora bien: las dimensiones del derrumbe de la Unión Soviética y las revelaciones que surgieron de la documentación conocida han conducido a que se genere un escenario particular: en el nivel de la opinión pública y de los medios de difusión occidentales la hegemonía de la interpretación intencionalista, acompañada de la definición de la Unión Soviética como un régimen totalitario es prácticamente total. En este aspecto, el énfasis puesto sobre los niveles de represión ha sido objeto de textos que se convirtieron en obras de cierta repercusión editorial (Courtois et al). Por su parte, desde la publicación del libro de Bullock

sobre las vidas “paralelas” de Hitler y Stalin, (Bullock) hasta la comparación entre el número de víctimas que produjeron los regímenes gobernados por ambos, pareciera que no es motivo de discusión sería marcar las diferencias entre nazismo y comunismo (o estalinismo)²¹. Sin embargo, como hemos visto en algunos de los textos analizados, en el campo estrictamente académico la visión mayoritaria se inclina por destacar las complejidades del período y busca explicar cuestiones que no se resuelven con la casi simplista atribución de todos los males a un dictador omnipotente (Geyer y Fitzpatrick). Como bien sostienen Getty y Naumov en la “Conclusión” de su edición de documentos relativos a esos años, “No es necesario buscar la “causa principal” del terror (...) Aun con Stalin asumiendo el papel de conductor principal, dirigiendo una partitura previamente elaborada, una completa explicación del terror debe incluir otros factores...” (571).

En resumen, casi nadie discute que Stalin fue un “asesino de masas”, pero si se aspira a otorgarle a la historia un estatus científico es preciso ir más allá de ese nivel para explicar el terror, apuntando a los diferentes factores –el clima político y social de la época, las luchas dentro del partido, el uso habitual de la violencia para dirimir cuestiones políticas instaurado desde la guerra civil, las complejidades de la situación internacional– que crearon las condiciones para que ese episodio terrible pudiera producirse.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amis, Martin. *Koba el Temible. La risa y los Veinte Millones*. Anagrama, 2002.
- Bullock, Allan. *Hitler and Stalin. Parallel Lives*. Vintage, 1991
- Conquest, Robert. *The Great Terror*. McMillan, 1968. [Hay una pésima traducción española de 1974].
- . *Stalin and the Kirov Murder*. Oxford University Press, 1989.
- . *The Great Terror. A Reassessment*. Oxford University Press, 1990.
- . “Review of the book ‘Life and Terror in Stalin’s Russia 1934-1941’”. *The National*, 15 de Julio 1996.
- Courtois, Stephane et al. *El Libro Negro del Comunismo. Crímenes, Terror y Represión*. Planeta, 1998.

21 La obra más ambiciosa y destacable sobre el tema es Kershaw y Lewin. Este texto tiene el subtítulo de “dictaduras comparadas”; sin embargo, en los diferentes artículos, algunos de ellos excelentes, no se realiza una comparación entre los dos regímenes, la que se limita a la “Introducción” y a las “Conclusiones”.

- Davies Sarah y James Harris. *Stalin. A New History*. Cambridge University Press, 2005.
- . *Stalin's World: Dictating the Soviet Order*. Yale University Press, 2015.
- Deutscher, Isaac. *Stalin. Biografía política*. ERA, 1965. [La edición original es de 1949].
- Fitzpatrick, Sheila. *Education and Social Mobility in the Soviet Union, 1921-1932*. Cambridge University Press, 1979.
- . "Review of 'Life and Terror in Stalin's Russian'". *American Historical Review*, vol. 102, n° 4, 1997. <https://doi.org/10.1086/ahr/102.4.1193>
- . "Revisionism in Soviet History". *History and Theory*, vol. 46, n° 4, 2007. <https://doi.org/10.1111/j.1468-2303.2007.00429.x>
- . "People and Martians. Rev. of The Great Terror: Stalin's Purge of the Thirties, by Robert Conquest and The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivisation and the Terror-Famine, by Robert Conquest". *London Review of Books*, vol. 41, n° 2, 2019, pp. 13-15. <https://doi.org/10.2307/2493240>
- Furr, Grover. *Stalin y la lucha por la reforma democrática*. Universidad Estatal de Montclair, 2005.
- . *Yezhov Vs. Stalin. The Truth About Mass Repressiones and the So-Called 'Great Terror' in the USSR*. Kettering Ohio, Erythros Press & Media, 2018.
- Getty, J. Arch. *Origins of the Great Purges*. Cambridge University Press, 1987.
- . "'Excesses Are Not Permitted'. Mass Terror and Stalinist Governance in the Late 1930's". *Russian Review*, vol. 61. n° 1, 2002. <https://doi.org/10.1111/1467-9434.00208>
- Getty, J. Arch. y Roberta Manning (eds.). *Stalinist Terror. New Perspectives*. Cambridge University Press, 1993. <https://doi.org/10.1017/s0090599200003548>
- Getty, J. Arch y Oleg Naumov (eds.). *The Road to Terror. Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*. Yale University Press, 1999. <https://doi.org/10.3138/cjh.35.1.162>
- Geyer, Michael y Sheila Fitzpatrick (eds.). *Beyond Totalitarianism. Stalinism and Nazism compared*. Cambridge University Press, 2009. <https://doi.org/10.3138/cjh.47.1.214>
- Gleason, Abbott. *Totalitarianism. The inner history of the Cold War*. Oxford University Press, 1995. <https://doi.org/10.1086/ahr/103.1.144>
- Goldman, Wendy Z. *Terror and Democracy in the Age of Stalin. The Social Dynamics of Repression*. Cambridge University Press, 2007.
- . *Inventing the Enemy. Denunciation and Terror in Stalin's Russia*. Cambridge University Press, 2011. <https://doi.org/10.1017/cbo9780511994906>

- Halfin, Igal. *From Darkness to Light: Class, Consciousness and Salvation in Revolutionary Russia*. Pittsburgh University Press, 1999. DOI: <https://doi.org/10.2307/j.ctt6wrcc6>
- . *Terror in My Soul. Communist Autobiographies on Trial*. Harvard University Press, 2003. <https://doi.org/10.1086/ahr/109.3.1008>
- . *Intimate Enemies. Demonizing the Bolshevik Opposition, 1918-1928*. Pittsburgh University Press, 2007. <https://doi.org/10.2307/j.ctt6wrcpj>
- . *Stalinist Confessions. Messianism and Terror at the Leningrad Communist*. University of Pittsburgh Press, 2009. <https://doi.org/10.2307/j.ctt6wrcq1>
- Harris, James. "Was Stalin a Weak dictator?". *Journal of Modern History*, n° 2, 2003, pp.375-386. <https://doi.org/10.1086/380142>
- . *El Gran Miedo. Una nueva interpretación del terror en la revolución rusa*. Crítica, 2017. DOI: <https://doi.org/10.1387/hc.19321>
- Hellbeck, Jochen. *Revolution on my Mind. Writing a diary under Stalin*. Cambridge University Press, 2006. <https://doi.org/10.4159/9780674038530>
- Jansen, Marc y Nikita Petrov. *Stalin's Loyal Executor: People's Commissar Nikolai Ezhov. 1895-1940*. Hoover Institution Press, 2002. <https://doi.org/10.1086/425487>
- . *History of the Communist Party of the Soviet Union (Short Course)*. Foreign Languages Publishing House, 1939.
- Kaiser, Daniel H. (ed.). *The Workers' Revolution in Russia. The View from Below*. Cambridge University Press, 1987.
- Kershaw, Ian. *La Dictadura Nazi. Problemas y Perspectivas de Interpretación*. Siglo XXI, 2004.
- Khlevniuk, Oleg. *The History of the Gulag*. Yale University Press, 2004.
- . *Stalin. New Biography of a Dictator*. Yale University Press, 2015.
- Kruschev, Nikita. *Informe Secreto al XX Congreso del PCUS*. Doble J. S/D.
- Knight, Amy. *Who Killed Kirov? The Kremlin Greatest Mystery*. Hill and Wang, 2000. <https://doi.org/10.1086/ahr/105.5.1838>
- Laqueur, Walter. *Stalin*. Javier Vergara, 1991.
- Mawdsley, Ivan. *The Stalin Years. The Soviet Union, 1929-1953*. Manchester University Press, 1998.
- Medvedev, Roy. *Que Juzgue la Historia. Orígenes y consecuencias del estalinismo*. Destino, 1977. [La edición original es de 1971].
- Molotov, V. *Molotov Remembers. Inside Kremlin Politics. Conversations with Felix Chuev*. Ivan R Dee, 1993. https://doi.org/10.1163/2468-1733_shafr_sim140060259
- Murphy, Kevin. *Revolution and Counterrevolution. Class Struggle in a Moscow Metal Factory*. HaymarketBooks, 2007.

- Read, Chris. *Stalin's Russia*. Arnold, 1999.
- Rogovin Vadim Z. 1937. *Stalin's Year of Terror*. Mehring Books, 1998.
- . *Stalin's Terror of 1937-1938. Political Genocide in the USSR*. Mehring Books, 2009.
- Schapiro, Leonard. *The Communist Party of the Soviet Union*. Vintage Books, 1960.
- Sunny, Ronald Grigor. *The Cambridge history of Russia*. Cambridge University Press, 2006.
- Thurston, Robert W. *Life and Terror in Stalin's Russia, 1934-1941*. Yale University Press, 1996.
- Traverso, Enzo. *El Totalitarismo. Historia de un debate*. Eudeba, 2001.
- Tucker, Robert C. y Stephen F. Cohen (eds.). *The Great Purge Trail*. Grosset & Dunlap Publishers, 1965.
- Viola, Lynne. *The Best Sons of Fatherland. Workers in the Vanguard of Soviet Collectivization*. Oxford University Press, 1987. <https://doi.org/10.1086/ahr/94.5.1445>
- Wolfe, Bertrand. *An Ideology in Power. Reflections on the Russian Revolution*. Stein and Day, 1969.
- Werth, Nicolas. *L'Ivrogne et la Marchande de Fleurs. Autopsie d'un meurtre de masse 1937-1938*. Tallandier, 2009. <https://doi.org/10.4074/s0338059910003062>
- Zhukov, Iuri. *Different Stalin. USSR Political Reforms in 1933-1937*. Moscú, 2003.